

NÚMERO SUELTO, 15 CENTIMOS.

NÚMERO SUELTO, 15 CENTIMOS.



REVISTA TAURINA.

Se publica al siguiente día de verificada la corrida.

No se admiten suscripciones más que para Madrid.

ROMERO Y PEPE-HILLO.

(Célebre competencia en Cádiz.)

Pedro Romero es la más alta y significativa expresión del toreo antiguo: su serenidad y sangre fría han pasado á la historia como las condiciones más precisas para todo buen lidiador. Dentro del circo, su voz era de tanto respeto, que una breve insinuación suya era orden terminante para su gente. Cuantos toreros de fama había en su tiempo, le hacían una cruda guerra, y ya era Costillares, ya Conde y Garcés los que apuraban hasta donde podían sus conocimientos taurinos, sus gracias y sus recursos para vencerle.

Pero el más decidido campeón que le disputaba sus merecidos lauros, el torero que con más empeño y más sobrado encono pretendía robarle los aplausos y su importancia en la Corte, era el justamente célebre Pepe-Hillo. Carácter inquieto y revoltoso, de un amor propio que rayaba en orgullo, y un valor tan extraordinario que sobrepujaba á la misma temeridad, era el indicado para disputar la fama del *maestro*, los aplausos de los aficionados y el amor de *las aficionadas*.

Una de las primeras veces que ambos contendientes se vieron cara á cara para demostrar cada cual de por sí su renombrado valor junto á las reses, fué en Cádiz. Era allá por los años de 1788. Los gaditanos esperaban con suma impaciencia la llegada de aquel día, que revestía para el arte taurino todos los caracteres de un verdadero acontecimiento.

Consta en escritos de aquel tiempo, que Pepe-Hillo, reputado ya como valiente matador en aquella plaza, había hecho encender varias luces y pagado algunas misas á las Animas porque éstas intercediesen con Dios, á fin de que las nubes que oscurecían el Sol la víspera de la corrida, se despejasen y no evitaran la fiesta con la incipiente lluvia.

A la llegada del célebre Romero á Cádiz, no faltó quien le avisara la *peleada* de su competidor.—Será porque ya huele á difunto,—se contentó con responder aquel hombre de reposado ánimo, que era la desesperación de todos sus rivales.

Llegó el anhelado instante, y las apuestas y las frases de entusiasmo cruzabanse entre aquella atmósfera cargada de emoción. Pisó el redondel el primer toro, que era de los Padres de Santo Domingo de Jerez, y concluidos que fueron los primeros momentos de la lidia, Pedro

Romero, armado de estoque y muleta, fué á cederle los trastos á Pepe-Hillo, que por cortesía tocábale dar muerte al primer cornúpeto. Con gracia sin igual, y con una maestría que hoy envidiarían muchos, dió al de Jerez dos pases naturales, uno ceñidísimo de pecho, y se colocó á liar: con más velocidad que el rayo arrojó la muleta fuera de sí, arrancó de su cabeza el ancho sombrero de castor que entonces se estilaba, y lo mantuvo firme en su mano izquierda; á un ligero movimiento de éste, el toro partió hácia el engaño, y dándole salida Pepe-Hillo con el castoreño, le sepultó el estoque en los mismos rubios y por todo lo alto, haciendo rodar á la fiera, que la dejó tendida á sus piés.

El escándalo promovido en la plaza no tuvo límites; la ovación recibida por el torero sevillano en aquella plaza fué tan atronadora, tan intensa, que siempre llegó á conceptuarla él mismo como uno de los más grandes acontecimientos de su vida.

—¡Bien por Pepe-Hillo, el mejor torero del mundo! gritaba un espectador.

—¡Que se le pague doblemente su arrojo! vociferaba otro; y á todo esto, las mantillas de las manolas, los castoreños y las monteras llenaban el redondel, cuya arena apenas podía pisarse sin hollar con la planta las varias prendas de vestir y las monedas de oro y plata que se veían esparcidas por el Circo.

El bravo lidiador, objeto de este entusiasmo, se marchó momentos después á descansar en el estribo; Pedro Romero estaba allí, quieto, tranquilo, sosegado, como el que tiene conciencia de su propio valer y no envidia nunca; hizo más, esperó con franca animosidad, que aquél carácter indómito, tan halagado en aquellos instantes, se dirigiera á su *persona* para dirigirle la palabra, y en cuanto esto hizo Pepe-Hillo, se fué á él, estrechó la vencedora diestra entre ambas manos y díjole al oído:—«Tú solo en el mundo, y esto demuestra lo que vales, podrías hacerte, como en esta tarde, que me olvidara de las reglas del *arte* para lidiar solo con el corazon; ahora me verás...»

Y no había terminado de decir estas últimas palabras, cuando el segundo de los de Santo Domingo dejó velozmente el toril. Era grande, feo, de extraordinaria romana y de una cuerna algo más que imponente; Pedro Romero le alegró para algunos lances de capa y el animal no hizo por él, entonces se fué junto á su propio tes, tiz, hincó la rodilla en tierra, y al darle la res el

primer hachazo, se lo vació con el capote por detrás dejándole enhilado con su propia espalda. Este arranque de valor no logró entusiasmar á los concurrentes; en otra tarde hubiérale proporcionado al diestro una ovación, pero en aquella la *figura* de Pepe-Hillo tenía embargados todos los ánimos. El célebre maestro comprendió que algo extraordinario debía llevar á cabo su reputación, cuando por nada ni por ninguna suerte el público salía aún de su glacial marasmo.

Llegó la hora de matar, y allí fué donde él se acordó de su nombre. Ordenó con una mirada á su gente que le dejaran solo, llevóse al animal á los medios y allí consumó la obra más grande que los toreros han visto y que la historia puede relatar. Pasó al toro con la muleta, hundiéndolo en el suelo los piés para no moverlos, le ciñó doblemente al bulto con un pase de pecho que el público no pudo menos de aplaudir, lo trajo con la izquierda al sitio donde con él quería perfilarse y allí le detuvo. Entonces lió, y aprovechando el primer extraño de la fiera echó el rojo trapo lejos de sí, levantó ambas manos á su cabeza y se arrancó la cofia que casi la cubría, sacó de entre sus cabellos una peineta, y dando un paso hácia adelante la hincó en los hocicos del animal; este humilló para herir, y al dar la primera cabezada salió rodando junto a los piés de Romero, que en aquella misma postura le había hundido el estoque hasta el puño, partiéndole el corazon.

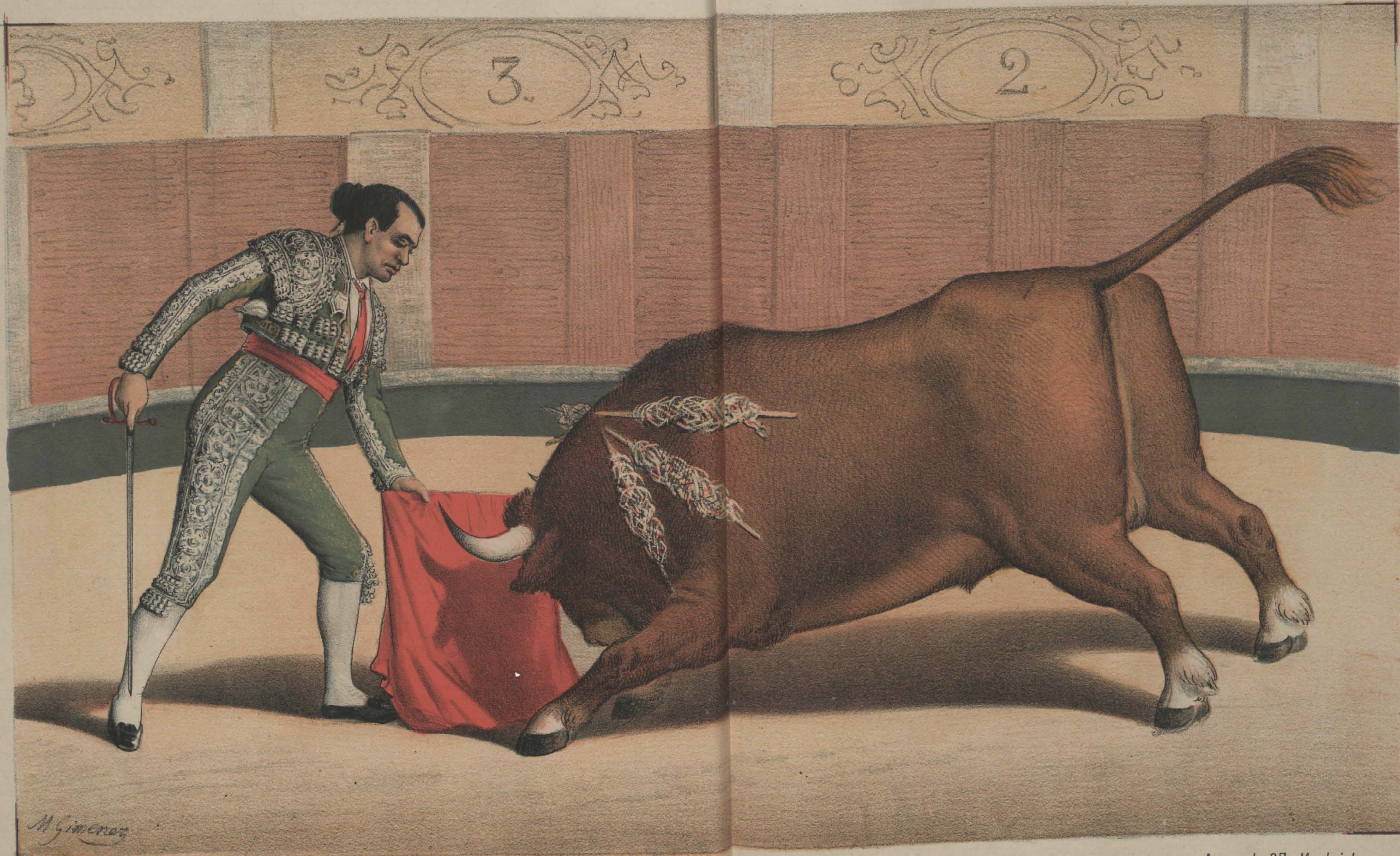
Cuenta un escritor de aquellos tiempos que la gente que presenciaba el espectáculo bajóse emocionada al redondel, y más de media hora tardó el célebre Romero en llegar á su sitio, embarazado por la multitud que le aclamaba con entusiasmo.

Al terminar la corrida ¡cosa rara! los competidores habían mostrado grandes deseos de darse un amistoso abrazo, y así concluyó por entonces, hasta las fiestas reales de Madrid, el rencor profundo que dividía aquellos dos corazones tan gigantes.

La competencia entablada siguió ejerciendo su malévoló influjo.

Años más tarde habían de teñirse las manos de Pedro con la sangre del infortunado Hillo, y cuando casi moribundo conduciale en brazos junto á la Duquesa de Benavente, deciale el herido á su atribulado compañero señalándole el sitio de la cornada.

—«Por tí, Pedro, nó, sino por el público.»



Lit. de J. Palacios.

PASE EN REDONDO

Arenal, 27, Madrid.

CORRIDA DE BENEFICENCIA.

Casi podemos ya asegurar que tomará parte en ella el notable diestro *Frasuelo*. ¡De ello nos felicitamos!

A pesar de las ventajosísimas proposiciones que para este objeto se le han hecho, el simpático matador se ha ofrecido á trabajar *gratis* con toda su cuadrilla, destinando sus honorarios *al fin benéfico* de la corrida.

Muy bien, Sr. Salvador; en nuestro poder obra ya la carta que le dirige desde el otro mundo el célebre *Chielanero*, y que nos consta tiene usted grandes deseos de leer... Á la mayor brevedad la insertaremos. Por de pronto, le garantizamos desde luego las palmas para el día 4 de Junio, porque es usted de los pocos toreros á quienes no hay que decirles el sitio en donde ellas se encuentran.

Dicese también que tomará parte en la corrida el simpático diestro *Cara-ancha*. No es posible. Dicho espada trabaja en el mismo día con el Gordo en Granada, y no sabemos que hasta ahora haya rehusado ese compromiso.

Quien es probable que acompañe á *Lagartijo*, *Frasuelo* y el Gallo en aquella tarde, sea el diestro José Lara (*Chicorro*).

TOROS EN MADRID.

Quinta corrida de abono verificada el 14 de Mayo de 1882.

En la noche del sábado, algunas nubes hicieron palidecer á las estrellas, y el público *aficionado* creyó que nos esperaba un diluvio.

La mañana del domingo apareció clara, hermosa y serena, y la calma volvió á entrar en el ánimo de los *pesimistas*, y el dinero en el bolsillo de los revendedores. Estos hicieron su agosto con la esperanza de la *buena nueva*; era ésta la aparición en el redondel, después de su última cogida, del simpático diestro *Cara-ancha*.

Cuando tienen lugar *estos acontecimientos*, los verdaderos aficionados se sienten conducidos al Circo por muy distintas impresiones.—¿Se habrá entibiado el valor del convaleciente diestro? se preguntan algunos.—¿Se crecerá, por el contrario, al castigo, añaden otros, prestándole el fuego de la herida más entusiasmo en su pecho y valor en el corazón...? Pero no divaguemos en cosas que de puro sabidas están ya en la mente de todos, y ¡oido! que el Presidente, Sr. Martínez Villante, hace la señal, y la banda de Ingenieros toca el precioso pasodoble, que para el *debut* del Sr. Campos tenía compuesto el inteligente compositor de música D. Ignacio Carrillo. Á lo ménos, se nos figuró oír los mismos acordes que en noches pasadas le oímos ejecutar tan magistralmente en el piano.

Las cuadrillas, precedidas de sus jefes, pisan la arena, y un aplauso general saluda la aparición del *debutante diestro* que estrenaba un riquísimo traje coral y oro, sobrecubierto con un capote de raso blanco, bordado á mano con hilos del mismo metal. ¡Bien por el maestro Eusebio que así sabe poner guapos á los muchachos, y... adelante!

Sonaron los timbales después de entregada la llave del toril y pisó la arena el primer bicho llamado *Flor de jara*. (Este como los cinco que después se corrieron pertenecían á la vacada de D. Pablo y D. Diego Benjumea, de Sevilla.) Era berrendo en negro, capirote, botinero y de muchas libras. Cinco puyazos llevó de Bartolesi y tres de Badila, sin que tuvieran los dos percañe alguno que lamentar. Tocaron á banderillas. El Pescadero clavó un par cuarteando bueno y otro dejó en el suelo; el Bulo puso uno bastante desigual. Tras de esta faena, Hermosilla dejó el estribo de barrera y con los trastos en mano se fué á la Presidencia á quien saludó cortésmente; después fué á entenderse con el berrendo, á quien cumplimentó también con tres naturales, dos de la derecha, tres en redondo y otros tantos de pecho, dos de los de en redondo y uno de estos *de primer orden*, para herir al adversario con dos pinchazos altos, una corta y delantera, y otra honda y caída. El toro se echó y D. Manuel oyó aplausos; también nosotros le batimos palmas.

Con mucha calma, y como si reflexionara *filosóficamente* en la brevedad de su vida, apareció el segundo, de nombre *Lucero* y con divisa negra (escudo señorial de los de Benjumea); era algo brocho, de pelo negro, lucero y de poco cuerpo. Bartolesi pinchó dos veces y otras tantas Badila, dejando éste en una ocasión clavado el palo. Fuentes mojó también. Manuel Campos cuclga par y medio de palos al cuarteo, previa una salida falsa, y Pedro uno entero en la misma forma que su hermano. Los clarines anuncian que ha llegado la hora de la *verdad*. *Cara-ancha*, después de un buen discurso al Presidente, y á los aficionados del *ro*, se dirige á *Lucero* con la muleta plegada para abrirla junto al hocico de la fiera, lo que no pudo ser por acostarse aquella del izquierdo; inmediatamente la tiente con tres naturales, uno cambiado y otro de pecho, y lía para tirarse con una estocada arrancando que resultó baja. Algunos silbaron, pero las palmas dominaron á los silbidos.

Y apenas arrastraron al segundo sonó el timbal y apareció *Coyundo*,

como decía anoche un inteligente colega taurino. Era éste negro, meano, abierto de cuerna y algo caído del izquierdo. Bartolesi pincha cinco veces, Badila pone tres varas y J. Fuentes una, siendo retirado á la enfermería después de la caída, con una fuerte conmoción cerebral. Almendro coloca dos pares al cuarteo, Galindo uno al revuelo de un capote. Rematado este segundo tercio de la lidia abrieron las puertas de la valla para que el toro entrase entre barreras y allí quitarle un trozo de garrocha que llevaba hundida junto al sitio de la muerte. Esta *faena* llevóla á feliz término Manuel Campos. Limpios los rubios de tal tropiezo, el Gallo, adornado de verde esmeralda con oro, marcha en busca de *Coyundo* que se defendía en las tablas; después de varios intentos por parte de su gente á fin de sacar el bruto de allí, él le tiente con cuatro naturales, dos de telon y uno con la derecha, tirándose á matar con una al volapié hasta la empuñadura, de cuya suerte salió el diestro algo troyado. Como el toro se resistiera á acostarse, el Gallo terminó *estas dudas* con un buen descabello á la segunda. Aplausos merecidos.

Abaniquero ocupó el cuarto lugar, el cual era negro meano, bien puesto, grande y de poder. Con bastante coraje tomó dos varas de Bartolesi, otras tantas de Badila y una de Paco Fuentes. Intentaron picarle más, pero volvió la cara, y el Sr. Presidente ordenó banderillas. Esta disposición cumplióla muy bien Panteret con un par superior y medio luego, clavando Fulga otro medio en su sitio. Hermosilla, de grana con golpes de oro, cuando oyó el aviso de ordenanza, se encaminó al de Benjumea, para trastearle con tres naturales, cuatro con la derecha... descabellándolo al primer intento: hemos preferido indicar la última operación del diestro para no aburrir al aficionado-lector con la reseña de los pases, pinchazos y estocadas empleados por D. Manuel en su tan enojosa faena. Advertiremos de paso que en una de las coladas tuvo el diestro que arrojarle al suelo para no ser cogido en el viaje de la res.

Y apareció el quinto, que se llamaba *Jagueton* y que era negro, fino, abierto de cuerna, de muchos piés y de más cabeza, pero tardo. Cuatro puyazos toma de Bartolesi, en uno de los cuales rajó; dos de Badila y uno de Paco Fuentes. El joven Badila retiróse á la enfermería resentido del brazo izquierdo. Muy oportuno Hermosilla en uno de los quites, en que coleó al toro para evitar un desavío. Campos (P.) cuclga un par delantero y medio luego, Campos (M.) uno pasado. Tocaron á matar. *Cara-ancha* halla á *Jagueton* con muchas facultades y defendiéndose en las tablas; en cuanto el toro se deja engañar, prepárale con cinco naturales, uno de telon, tres con la derecha y dos cambiados, dejándose caer con un pinchazo; vuelve á emplear uno natural y otro con la derecha, para acabar con su enemigo con una estocada á volapié en las tablas, hasta la empuñadura, quedando algo descolgado el estoque. ¡Qué desgracia, Sr. Campos!

Por postrera vez se abrieron las puertas del toril para dar salida á *Calcetero*, último de la tarde. Era negro mulato, giron, bragado y cornabierto. Llevó dos garrochazos de Bartolesi y otros dos de Paco Fuentes, volviendo el bicho la cara en las primeras puyas. Entre Galindo y Almendro pusieron tres pares cuarteando, muy bueno el de este último y *difícilísimos* los de aquél. El Gallo con mucha voluntad vá á encarsarse con el mulato trasteándole con tres naturales, dos cambiados, dos de telon y uno con la derecha para una traserá y ladenda á volapié, un pinchazo sin soltar, y una *final* honda y perpendicular hasta el pelo. El animal se echó para ser objeto de las miradas de los *capitalistas* y del perro *Don Peco* que bajaron, según costumbre, al redondel.

APRECIACION. ¿Por dónde empezamos? Demos plaza á los matadores: Hermosilla salió en dirección de su primer toro con ánimo de matar, y llevarse el rumor de muchas palmas en sus oídos. Su faena con la mano izquierda fué rematada, *cumplida*, aunque llevada á cabo con alguna precipitación: un poco de más calma, y hubieran sido los pases maestros de la tarde; sobre todo los tres en redondo resultaron inmejorables. Confiados en su *derecha*, esperábamos después de aquel oportuno trasteo una excelente estocada. ¡No resultó así! Al arrancarse el diestro, le vimos acercarse *de verdad* en su primero y segundo pinchazo; después tomó á la fiera desde más lejos, y las estocadas no resultaron sobresalientes. De veras sentimos que, unas veces por *falta de destreza* en la izquierda, y otras por no *rematar* con la derecha, las faenas de este diestro no resultan tan perfectas como fueran de desear. En la muerte de su segundo, notósele los defectos de siempre. Precipitación en el *tanteo*, los consabidos medios-pases, tan dispuestos á *coladas*, las estocadas de *largo* y retirando la mano del estoque al contacto del animal.

Crea V. Sr. Hermosilla que debe torear con las manos y no con los piés, que hay que *arrancarse* cuando los toros *iguales*, que las *querencias* se dejan libres y que á favor del quiebro de muleta, la mano, como atraída por un imán, debe buscar las mismas pëndolas. De lo contrario, desaparece todo arte y sólo queda una lucha desigual y peligrosa entre la fiera y el lidiador, en que el público no pocas veces contribuye al aturdimiento de éste con sus muestras de desagrado. Por lo demás, le hemos visto trabajador y oportuno.

Cara-ancha ha sido el punto de atención de todos los aficionados; él llevó aquel numeroso público á las localidades del Circo; para su *persona* estaban reservados una porción de regalos que vimos en manos de sus admiradores. Los tales obsequios volvieron con sus dueños á sus casas, y la *gente* salió tan indisputante de la corrida, como llena de entusiasmo había acudido á ella para aplaudir frenéticamente al joven lidiador. La grave herida de que fué víctima, el estado aún no satisfactorio de ella, y sobre todo la postración

consiguiente á una penosa enfermedad, nos privan ser *todo lo justo* que quisiéramos.

Pasó á su primer toro fresco, ceñido y como él sabe hacerlo; lió, y al *enmendar* su postura el bicho se le arrancó resultando por la precipitación una estocada hasta la empuñadura, sí, pero no en su sitio. A este toro, que era noble y voluntarioso, aunque algo escaso ya de facultades, debiera usted Sr. Campos haberle *apurado* con varios pases más á fin de haber evitado el *adelanto* en la suerte, y sobre todo no *enmendarse* á sí propio en la cabeza cuando con tal precipitación se ceñía él al engaño. Esta falta se la venimos notando hace tiempo, por lo que á veces tiene que *cambiar* precipitado con la muleta ó su *valor*, de todos conocido, le obliga á hundir el estoque antes de suerte.

Deseamos, pues, que *tantée* y *tantée* hasta igualar las facultades más ó ménos salientes de la fiera, y que luego *cuadre*, pero que cuadre bien hasta *enhiñarse* con ella, pero una vez hecho esto y *liado* con calma, se prepare sin *enmiendas* para las estocadas que intente recetar. De su segundo nada le decimos, porque de consejos basta por hoy.

El Gallo parecía hoy decir ¡vamos por las palmas! Si desde las columnas de un periódico pudieran decirse los secretos, ya le diríamos nosotros *por qué*. Y en efecto, ha estado guapo, trabajador; pasó á su primero *en corto*, y comprendiendo que el animal no estaba para mucho trasteo, se tiró á matar de veras. Le aconsejamos que obligue á las reses con el trazo á humillar algo más, á fin de no verse en la salida de la suerte con tanta exposición. La brega de su segundo no fué tan lucida porque el bicho entraba por su *terreno*, y solo cuarteando podían ladearse las estocadas. ¡Hasta el mártir, que nunca con una sola vela se ha alumbrado ningún santo!

Hemos aplaudido el *coleo* de Hermosilla, aunque no le remató como lo previene la escuela Sevillana; es verdad que al toro se le hubieran gastado las facultades, pero en cambio, usted, Sr. D. Manuel, se hubiera llevado muchos aplausos.

Durante toda la tarde, *Cara-ancha* se ha manifestado flojo, desanimado, sin bríos; no se ha lanzado á buscar palmas en los quites, ha entablado sobrados diálogos con los *barrieristas* del *ro*, y ha confiado *demasiado* en sus compañeros para la salvación de los picadores. Es verdad que el estado de su cuerpo no era muy satisfactorio, que los dolores y el lecho quitan mucha fuerza, pero no nos queremos convencer.

Hay tardes, Sr. Campos, en que el lidiador, como el guerrillero, apura toda la pólvora, y de la enfermedad se hace *entrañas*, y del *dolor* sed de alivios con los aplausos. Esta tarde era una de ellas. Créame usted. El entusiasmo de los públicos tienen algo del fuego de los volcanes; conviene que, próximo á estallar, salga y aparezca en la superficie.

¡Muy bien aquella larga del Gallo! ¡Qué enfadado le vimos cuando Hermosilla le detuvo el aplauso y el toro con su capote! Verdad es que usted, atento siempre, le dió las gracias.

De los banderilleros, un par de Panteret.

De los picadores, una puya de Bartolesi y un tumbo de Fuentes. ¡Sr. Badila, que no nos quiera usted hacer caso en aquello del *sombrero*!

Los toros buenos por lo regular, y bravos en la suerte de varas; el tercero y quinto desafiaban en la muerte, pero se arreglaron en el engaño.

La tarde primaveral, por no usar la frase... *de verano*. La Presidencia acertadísima.

¡Ah!

SS. MM. y AA. aparecieron en el palco régio al comenzar la función. Las infantas llevaban en su cabeza la popular mantilla blanca, adornados sus cabellos de dos hermosas flores.

No recuerdo por hoy más detalles.

ALEGRIAS.

ANUNCIO.

LA LIDIA

REVISTA TAURINA ILUSTRADA CON CROMOS.

Se publica al siguiente día de cada corrida de toros habida en Madrid.

Administración: Plaza del Biombo, 4, bajo.

Se admiten suscripciones exclusivamente para Madrid en las principales librerías y en la calle del Arenal, núm. 27, Litografía.

PRECIO: Por un trimestre, 250 pesetas.

Imprenta de José M. Ducazcal, Plaza de Isabel II, 6.